

**Benito Juárez**

***Documentos,  
Discursos y Correspondencia***

**Tomo 13, capítulo CCXC**

Selección y notas de  
**Jorge L. Tamayo**

Edición digital coordinada por  
**Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva**

Tomo revisado y anotado por  
**Jaime Olveda**

Versión electrónica para su consulta  
**Aurelio López López**



**Año 2006**

# **Tomo 13, capítulo CCXC**

**Revisado por  
Jaime Olveda  
(El Colegio de Jalisco)**

## **Capítulo CCXC**

**José Higinio Núñez  
pide que se le reivindique**

**Junio de 1869**

## **CAPÍTULO CCXC**

### **JOSÉ HIGINIO NÚÑEZ PIDE SE LE REIVINDIQUE**

**Junio de 1869**

En los momentos graves en que con el enemigo al frente se desató la crisis política que obligó al Presidente a cambiar su gabinete, fue llamado a la secretaría de Hacienda José Higinio Núñez, liberal firme, hombre probo y capaz, a quien se le había concedido además el grado de general.

Por varios meses estuvo sorteando los graves problemas financieros y consiguiendo, casi de la nada, el dinero necesario para sostener a las fuerzas que estaban rechazando a los invasores. Juárez, en varias ocasiones, exteriorizó su reconocimiento por la eficacia y leal colaboración de Núñez, quien siguió al gobierno, a mediados de 1863, cuando tuvo que trasladarse a San Luis Potosí después de la caída de Puebla y más tarde a Saltillo.

Lamentablemente a los pocos días de que el gobierno se estableció en la capital coahuilense, Núñez flaqueó y aprovechando que en una crisis ministerial había sido eliminado de la secretaría de Hacienda, pidió se le autorizara a retirarse hacia el interior del país.

Se cruzaron cartas secas, francamente frías, entre Juárez y Núñez, pues parecía impropio que un ex-ministro de la República se fuera a radicar a la zona ocupada por el ejército invasor y dejara de estar físicamente cerca del gobierno.<sup>1</sup>

A regañadientes se le concedió el permiso para retirarse, y Núñez se trasladó a la ciudad de La Habana, donde permaneció algunos meses, volviendo a la ciudad de México al año siguiente, 1864, donde

---

<sup>1</sup> Véase tomo 8.

permaneció hasta el triunfo de la República en 1867.

Inmediatamente que el gobierno volvió a la capital, en julio de 1867, fue Núñez reducido a prisión y públicamente se le consideró como "general desertor con circunstancias agravantes. . .". Por algunas semanas estuvo preso en la ciudad de México, más tarde fue enviado a Perote y, finalmente, se le confinó en Amozoc.

A finales de ese año, tomando en cuenta Juárez la avanzada edad de Núñez, le permitió volver a la ciudad de México, sentenciado a cuatro años de prisión pero permaneciendo en su domicilio.

Dolido de esta situación, consideraba que se había cometido con él una injusticia, porque si bien había vuelto a la ciudad de México durante la actuación del régimen imperial, afirmaba que se había conducido con la dignidad y el decoro propio de sus antecedentes, toda vez que "no reconocí directa ni indirectamente al llamado Imperio; jamás le presté servicio alguno y tuve la honra de ser reducido tres veces a prisión por los franceses y por el titulado lugarteniente del Imperio, don Leonardo Márquez".

El 6 de junio de 1869 presentó al ministro de Guerra un razonado escrito, solicitando que el Presidente de la República declare "que la pena que se sirvió imponerme, en septiembre de 1867, deja ilesos mi honor y mi reputación; que estoy en el pleno goce de mis derechos de ciudadano; y, por consiguiente, en plena libertad de residir en donde me convenga".

Acompañó a su promoción un certificado suscrito por Ezequiel Montes, quien abonó ampliamente su conducta e incluso señaló los servicios que prestó al proporcionar dinero a José Antonio Gamboa para auxiliar las actividades del Gral. Porfirio Díaz y "que nunca desconfió del triunfo de la buena causa representada por el gobierno legítimo de la nación".

A su vez, José Ma. Lafragua extendió un breve certificado, en el sentido de que Núñez no reconoció ni a la Intervención ni al Imperio; sufrió prisiones y auxilió al Gral. Porfirio Díaz por conducto de José Antonio Gamboa.

No hemos podido averiguar cuál fue la resolución que adoptó Juárez ante la petición de Núñez. Lo que sí hemos sabido es que murió

hasta 1876 en la ciudad de México.

Indudablemente que Núñez tuvo una actuación definida y útil para la República, pero frente al avance del invasor le faltó la entereza necesaria para continuar acompañando al Presidente de la República en su peregrinación por el país hacia los desiertos del norte. Posiblemente su avanzada edad no se lo permitió y ello explica por qué prefirió abandonar la comitiva presidencial, trasladarse a La Habana y, más tarde, refugiarse en la ciudad de México, tratando de pasar inadvertido. No fue desertor, pero indudablemente le faltó fe y espíritu de sacrificio.

El Gral. Ramón Corona, ya en funciones de jefe de la 4ª división con sede en Durango, escribe al Presidente de la República el 30 de mayo enviándole diversas informaciones sobre las intenciones de Lozada y la llegada de oficiales enviados desde San Francisco por Plácido Vega.

Comentando el cambio de administración en el estado de Zacatecas, hace grandes elogios de Trinidad García de la Cadena, el nuevo gobernador, "quien tiene la mejor voluntad para obrar de acuerdo con la marcha de usted y desea que de su parte se promuevan las relaciones entre ambos". Sugiere a Juárez que trate de incorporar a García de la Cadena en su círculo de confianza. Grave equivocación sufre el Gral. Corona, pues, como veremos más tarde, un año después García de la Cadena encabezó un movimiento subversivo contra el régimen presidido por Juárez.

El administrador de la Aduana de Veracruz, Antonio Gamboa, está siempre preocupado por los ataques abiertos unos, encubiertos otros, que se le hacen por su actuación. Es persona muy sensible, al grado de que atiende los anónimos y se toma tiempo para escribir a Juárez, explicándole el contenido de algunos de ellos. La carta de 5 de junio, la dedica a comentar un anónimo enviado al secretario de Hacienda y reexpedido por este funcionario para su conocimiento. El Presidente, con mucha calma, anota al calce de la carta, que no debe preocuparse de los anónimos "porque el gobierno está satisfecho de su conducta".

El gobernador de Nuevo León, Gerónimo Treviño, se comunica con Juárez el 4 de junio, para comentar una carta del ministro de Justicia Ignacio Mariscal, en que aparecen conceptos elogiosos para él; pero al

mismo tiempo aclara, le molesta que personas que lo han tratado y lo conocen, acepten la posibilidad de que auspicie y fomente maquinaciones en contra del gobierno federal.

Habiéndose convocado a elecciones en el estado de Puebla, surgieron como candidatos para el cargo de gobernador el Sr. Ignacio Romero Vargas, que estuvo fungiendo como gobernador interino y Fernando M. Ortega, quien había ambicionado el cargo desde meses atrás e instigado los últimos ataques que recibiera el gobernador constitucional Rafael J. García y que lo orillaron a renunciar.

Pocos días después de la elección, Ortega escribe a Juárez, afirmando que ha obtenido una mayoría absoluta de votos y que ocupará la gubernatura próximamente. Como las relaciones de Juárez con él se habían vuelto frías y poco cordiales, aprovecha esta carta para decirle: "soy su antiguo amigo que lo estima, que lo quiere y que deseo complacerlo". Al calce de la carta, Juárez anota, probablemente con un dejo de ironía, que le da las gracias "por el recuerdo que me hace de su amistad y estimación".

El Gral. Luis Mier y Terán, militar formado a la sombra de Porfirio Díaz, radicado en Veracruz, donde se dedicaba al comercio, escribe a mediados de junio una carta violenta a Pedro Santacilia, en sus funciones de secretario particular de Juárez. Se queja de que, a pesar de que ha solicitado el diploma de la Cruz de Primera Clase y de haber enviado la serie de documentos comprobatorios de sus merecimientos, recientemente el ministerio de Guerra le ha contestado pidiéndole pruebas sobre los servicios que dice haber prestado.

Se molesta sobre todo porque el ministro de la Guerra conoce estos servicios. Concluye rogando a Santacilia que recoja las solicitudes y las copias certificadas y aun originales de los documentos que ha remitido. Ya no insiste en su petición, pues considera que no hay buena voluntad a favor de él y recalca que lo que pedía era "una cosa puramente honorífica y no de interés".

Desde Guadalajara escribe Jesús Camarena a Juárez, a mediados de junio, haciendo notar que el partido conservador, a quien se le consideraba muerto, es lo suficientemente astuto para atizar la discordia

entre los liberales. Señala que Plácido Vega, cobijado por la protección de Lozada, está reuniendo a "todos los reaccionarios, los imperialistas y los descontentos y con actividad se preparan para dar el golpe; obrarán, según dicen, sobre Sinaloa y Sonora, sirviendo de centro Tepic, de donde se extenderán a todo el país".

El cura y vicario foráneo de Tehuantepec, J. E. de Arrazola, envió a Juárez el 14 de junio una carta saludando a su paisano e informándole sobre el colegio que dirige en esa población; le envía también el programa de estudios. Aprovecha la oportunidad para preguntar quién debe solicitar el permiso para que salgan por las calles procesiones, porque la legislación no lo precisa. Juárez anota, al pie de la carta, que son los fieles los que deben pedir los permisos para las procesiones.

Queremos recordar al lector que en esas fechas todavía estaban permitidas algunas manifestaciones del culto externo y que fue hasta la reforma promovida por el Presidente Lerdo de Tejada, en 1874, cuando se suprimieron definitivamente, desde el punto de vista formal, pues éstas siguen realizándose aún en nuestros días.



JOSÉ H. NÚÑEZ SOLICITA  
QUE SE LE REIVINDIQUE

Ciudadano ministro de la Guerra

José Higinio Núñez, ante el ciudadano ministro de la Guerra, respetuosamente expongo: que después de haber regresado el Supremo Gobierno a esta capital en julio de 1867, fui reducido a prisión y en el *Diario Oficial* de 8 de septiembre del mismo año se lee mi nombre entre los de los presos por cuatro años, en los términos siguientes: "Núñez Higinio, general desertor, con circunstancias agravantes." Por último fui enviado a Perote en donde permanecí preso hasta que el Supremo Gobierno tuvo a bien confinarme en el pueblo de Amozoc. Teniendo en consideración el ciudadano Presidente de la República el estado valetudinario en que yo me hallaba, me permitió volver a esta capital en diciembre del mismo año de 1867. Aquí he permanecido hasta hoy, sin que el Supremo Gobierno haya tenido la más leve queja de mi conducta; pero continúo con la nota de reo sentenciado por el Supremo Gobierno a cuatro años de prisión.

En 13 de julio de 1862 fui electo diputado al Congreso de la Unión por el primer distrito de la ciudad de Guanajuato; en septiembre del mismo año fue aprobada mi credencial y, previa la protesta de ley, entré al ejercicio de mis funciones.

En 27 de mayo de 1863 el Congreso de la Unión expidió la ley que copio a la letra:

"Artículo 1º. —Se prorroga la suspensión de garantías individuales, ordenada por la ley de 27 de octubre de 1862, y la concesión de facultades que por ella se otorgó al Ejecutivo, hasta 30 días después de la próxima reunión del Congreso en sesiones ordinarias, o

antes si terminare la guerra con Francia, continuando también en vigor las condiciones y restricciones impuestas al Ejecutivo por la ley antes citada.

"En las facultades concedidas por este decreto, dice el artículo 5º de la ley de 27 de octubre de 1862, tampoco se comprende la de contrariar en modo alguno las prevenciones del título IV de la Constitución.

"El artículo 103 de la Constitución federal declara responsables a los diputados al Congreso de la Unión de los delitos comunes que cometan durante el tiempo de su encargo; y el 104 dice textualmente: Si el delito fuere común, el Congreso, erigido en Gran Jurado declarará, a mayoría absoluta de votos, si hay o no lugar a proceder contra el acusado. En caso negativo, no habrá lugar a ningún procedimiento ulterior. En el afirmativo, el acusado queda, por el mismo hecho, separado de su encargo y sujeto a la acción de los tribunales comunes."

El delito por el cual me sentenció el Supremo Gobierno a cuatro años de prisión fue, como lo dice el número 20 del tomo Iº del *Diario Oficial*, el de desertión con circunstancias agravantes; yo vine de la ciudad de La Habana a esta Capital en el mes de abril de 1864; por consiguiente estaba yo en el goce de la inmunidad que me concedía el título IV de la Constitución.

Además, el ciudadano Presidente de la República podrá recordar que cuando me confirió el empleo de general efectivo de brigada, yo le dije: que el Tesoro federal no tendría que gastar un solo centavo en virtud del empleo con que acababa yo de ser agraciado; y que sólo lo conservaría mientras con él pudiera ser útil a la República. En efecto, la nación no me ha pagado cantidad alguna a título de general, y no parece justo que sufra yo las incomodidades propias de un empleo, cuando no me he aprovechado de sus ventajas.

Desde que urgido por la necesidad vine a esta capital en 1864 hasta que cayó el gobierno usurpador, yo me conduje con toda la dignidad y

con todo el decoro propios de mis antecedentes; no reconocí directa, ni indirectamente al llamado Imperio; jamás le presté servicio alguno; y tuve la honra de ser reducido tres veces a prisión por los franceses y por el titulado lugarteniente del Imperio, don Leonardo Márquez. Los certificados que exhibo no dejan, sobre este punto, la menor duda.

He dicho que mi venida a México fue necesaria; y ésta es la verdad; es público y notorio que mis bienes fueron secuestrados por la Intervención francesa; sin el más leve esfuerzo se concibe que la mayor parte de mi patrimonio consistía en valores que yo no podía realizar fuera de la República; yo me encontraba en la ciudad de La Habana sin cartas de crédito y sin dinero para vivir allí; tuve, pues, que regresar a la ciudad de México para recoger mis intereses y para proporcionarme los medios de vivir fuera del país; pero apenas llegado a esta capital sufrí una larga y penosa enfermedad de la que todavía no estoy bueno, como lo justifican los certificados que acompaño de los facultativos que me asistieron en los años de 64 y siguientes.

De lo que llevo expuesto resulta:

1º Que yo no era reo de la competencia del Supremo Gobierno.

2º Que suponiendo que hubiera cometido algún delito, sólo podía juzgarme el jurado nacional.

3º Que mi venida a la ciudad de México, en el tiempo de la Intervención francesa y mi permanencia en ella hasta el regreso del gobierno legítimo de la República, fueron efectos de la necesidad.

4º Que he sufrido sin murmuración la suerte a que me sujetó el gobierno de mi patria; y

5º Que desde que volví a México, en diciembre de 1867 hasta hoy, el Supremo Gobierno no ha tenido la más leve queja de mi conducta.

En virtud de estas consideraciones suplico al ciudadano Presidente

de la República se sirva declarar: que la pena que se sirvió imponerme en septiembre de 1867 deja ilesos mi honor y mi reputación; que estoy en el pleno goce de mis derechos de ciudadano; y, por consiguiente, en plena libertad de residir en donde me convenga.

México, junio 6 de 1869.

José H. Núñez

EZEQUIEL MONTES ABONA LA CONDUCTA  
DE JOSÉ H. NÚÑEZ

El ciudadano Ezequiel Montes, abogado de los tribunales de la República y diputado al Congreso de la Unión.

Certifica: que desde que don José Higinio Núñez regresó a esta capital, en abril de 1864 hasta octubre de 1866 en que me vi forzado a ausentarme del territorio nacional, observó una conducta dignísima; que no reconoció al llamado Imperio, ni le prestó servicio alguno, sino que antes bien fue reducido a prisión en agosto de 1865 y permaneció en ella hasta septiembre del mismo año; que como albacea de don Pedro Vélez se negó a pagar al titulado administrador de la aduana de esta capital la alcabala causada por la renta de la casa número 23 de la calle de Medinas, propia de la testamentaría del Sr. Vélez, como puede verlo el Supremo Gobierno en el expediente que debe obrar en la secretaría de Hacienda; que ministró al ciudadano José Antonio Gamboa dinero para auxiliar los trabajos, que en favor de la independencia nacional emprendió en el sur de la República el ciudadano Gral. Porfirio Díaz y, por último, que nunca desconfió del triunfo de la buena causa, representada por el gobierno legítimo de la nación.

Para los usos que al interesado convengan y a su pedimento, doy la presente en México, a 6 de junio de 1869.

Ezequiel Montes

JOSÉ MARÍA LAFRAGUA TAMBIÉN CERTIFICA  
COMO BUENA LA CONDUCTA DE NÚÑEZ

Certifico: que el ciudadano Higinio Núñez no reconoció la Intervención ni el Imperio; que en esa época vivió en esta capital, observando una conducta digna y patriótica; que sufrió varias prisiones y que, según supe entonces, auxilió al ciudadano Gral. Porfirio Díaz por conducto del ciudadano José Antonio Gamboa.

Y para que conste firmo éste en México, a 6 de junio de 1869.

J. M. Lafragua

EL GENERAL CORONA TRATA DE RELACIONAR  
A JUÁREZ CON GARCÍA DE LA CADENA

Durango, mayo 30 de 1869

Sr. Presidente don Benito Juárez  
México

Muy estimado señor y respetable amigo:

Por conducto del ministerio de Guerra, he dado a usted parte de la actitud que se observa en Tepic, con motivo de la llegada a San Blas de algunos oficiales, armas y parque que don Plácido Vega mandó de San Francisco. Estoy aún en espera de informes del Gral. Guerra para saber las intenciones ostensibles de Lozada y comunicarlas al gobierno.

Creo conveniente, a la mejor marcha de la administración de usted y la del estado de Zacatecas, entre las cuales la oposición de la segunda pretende aparecer como amiga de la de usted, no siéndolo, que en lo confidencial y amistoso se entienda usted con el Sr. García de la Cadena, gobernador de dicho estado, quien tiene la mejor voluntad para obrar de acuerdo con la marcha de usted y desea que de su parte se promuevan las relaciones entre ambos.

La persona del expresado Sr. Cadena es de alguna importancia en su estado, cuando menos igual a la del Sr. Auza. Su patriotismo, prudencia y demás dotes, propias de un buen gobernante, las reúne en términos que lo juzgo uno de los primeros en su línea, por lo que me tomo la libertad de indicar a usted lo atraiga a su círculo.

Ya al Sr. Lerdo he dado algunas explicaciones acerca de los partidos que dividen a los liberales de Zacatecas y he hecho ver la falsa careta de amigos del gobierno general, con que, sin serlo, pretenden cubrirse los enemigos de la actual administración de dicho estado. Usted se informará y estimará mi indicación como emanada de mis mejores deseos para que el gobierno de su digno cargo aumente el número de sus colaboradores.

Sin asunto para más y deseando a usted felicidades, concluyo repitiéndome su atento y seguro servidor q. b. s. m.

Ramón Corona



AL ADMINISTRADOR DE LA ADUANA DE VERACRUZ  
LE PREOCUPAN LOS ANÓNIMOS

Veracruz, junio 5 de 1869

Sr. don Benito Juárez  
México

Mí querido amigo:

Te adjunto copia de la copia del anónimo que me envió Matías y de la contestación que le doy. Imponte de ellas, te lo suplico muy especialmente.

Me ha dado verdaderamente orgullo, el ver que las acusaciones contra la aduana dependen de comunicaciones anónimas, que todo hombre de juicio debe ver con el más alto desprecio. Un se dice, un anónimo, un parece, son las principales armas de la calumnia que ves hasta qué punto se usa hoy aun contra ti y contra tus ministros.

Sobre todo me enorgullezco al ver que me ponen en un punto interesante en igualdad contigo, me llaman como a ti te han llamado, imbécil pero honrado. Sobre mi imbecilidad puedo decir lo que tú, no soy tan imbécil puesto que sé servir mi puesto y obtener las consideraciones de la gente honrada.

Esta cuestión de chismes no tiene más que uno de estos tres medios; o me mandan a un visitador que vea las operaciones de la aduana o no hacen caso de chismes en lo absoluto, si no se prueban, o me mandan a la calle.

Estoy seguro, Benito, de que la casa que me acusa es la que ha querido hacer el contrabando y no la he dejado. Por desgracia en esa

ciudad tiene amigos hasta entre tus ministros que, creo, se dejan sorprender de ella.

No más puedo decirte, Benito. Háblame con franqueza tú y haré lo que quieras, pero no me parece justo destituir a los empleados sin información previa y deshonrarlos sin pruebas.

Sabes te quiere tu amigo, seguro servidor q. b. t. m.

José Antonio Gamboa

(P.D.)

Perdona lo borrado de esta carta, Benito, pero no he querido reponerla, pues he querido que vieras el rapto de justa cólera que me causó el anónimo que me envió Romero.

Tengo la vehemente sospecha de que Juan Valdez es el que da los tales anónimos al Sr. Lerdo. Esta sospecha me viene de que palabras iguales ha vertido el escribano Valdez, hermano del señor jefe de sección del ministerio de Relaciones, que tuvo la llaneza hace un año de pedirme que propusiera a su hermano Antonio para un empleo de categoría en esta aduana y a lo que yo le contesté redondamente que no, porque todos los empleos estaban provistos. No quiero que me digas si acerté, pero te suplico lo averigües para que formes juicio exacto de nuestros acusadores.

Tu amigo

José Antonio Gamboa

Nota de Juárez:

Recibió su apreciable fecha (5), con las copias que le acompaña y

quedo enterado de todo. Que no sabe el origen de esos anónimos, pero que no debe preocuparse con ellos porque el gobierno está satisfecho de su conducta.

GERÓNIMO TREVIÑO RATIFICA SU APOYO  
AL GOBIERNO FEDERAL

Monterrey, junio 4 de 1869

Sr. Presidente don Benito Juárez  
México

Muy respetable señor de mi estimación:

He visto por casualidad una carta del Sr. ministro don Ignacio Mariscal, en la cual se dejan ver conceptos que favorecen mi reputación cómo hombre público. Por ello le estoy agradecido, pero por esos mismos conceptos he venido a descubrir que los opositores de esa capital y acaso también de algunos otros estados, habían alimentado la idea de que yo entraría en sus planes revolucionarios.

Nada me extraña esta especie de maquinaciones porque, siendo fraguadas por enemigos del gobierno, fácil será comprender sus miras; pero lo que más ha llamado mi atención es que semejantes especies hayan podido pasar como verosímiles entre compañeros y amigos que me han conocido en la época pasada de mi vida pública.

Con el conocimiento de este incidente, para mí bastante desagradable, me creo en la obligación de hacer ante usted una protesta sincera de los sentimientos que abrigo como mexicano y esto es lo que motiva la presente carta.

Hasta cierto punto la independencia de mi carácter, que no he podido corregir en tanto tiempo, ha sido principalmente la causa de haberme encontrado muchas veces desfavorecido por mis superiores pero, a juzgar por los acontecimientos pasados y por la regla de conducta que he sabido observar, yo debería esperar, especialmente de las personas

que me conocen, una estimación más justa de mis actos públicos.

Sin embargo, no me ha preocupado la idea de que las personas sensatas y de tan recto juicio, como usted, den cabida a tales calumnias; por otra parte, me tranquiliza también la convicción de poder probar, cuantas veces fuere necesario, que nunca seré un obstáculo para la marcha del gobierno que, sobre considerarlo legítimamente establecido, tengo la mejor voluntad para acatarlo y sostenerlo.

Sin el más leve temor de que pueda usted dudar de mis principios que no envuelven otra idea que la salvación de mi patria y de defender en todas épocas el honor de mi gobierno, me atrevo a asegurar a usted que nada será suficiente para cambiar mi propósito.

Soy de usted, como siempre, su más respetuoso servidor que atento  
b. s. m.

Gerónimo Treviño

EL NUEVO GOBERNADOR DE PUEBLA,  
AMIGO DE JUÁREZ

Puebla, junio 2 de 1869

Sr. Presidente don Benito Juárez

Muy estimado amigo y señor:

El estado de Puebla ha declarado en las elecciones del domingo, por una mayoría absoluta muy respetable, que merezco su confianza para regir los destinos de sus habitantes.

El Sr. Romero ha luchado en contra de esa voluntad con todos los elementos y ventajas que da el poder y, sin embargo, ha triunfado el estado.

Con este plausible motivo tengo el gusto de recordar a usted que soy su antiguo amigo que lo estima, que lo quiere y que deseo complacerlo.

Tendré ocasión de continuar escribiendo a usted y de estarme repitiendo suyo, adicto servidor y amigo que atento b. s. m.

Fernando M. Ortega

Nota autógrafa de Juárez:

Enterado, dándole las gracias por el recuerdo que me hace de su amistad y estimación.

FRANCISCO DE P. FERNANDEZ  
ESCRIBE CARTA CONFIDENCIAL A JUÁREZ

San Luis Potosí, junio 7 de 1869

Sr. don Benito Juárez

Muy señor mío:

Necesito que se me haga justicia por usted que me dio antes una mano de amigo y a cuyo pacto tengo derecho aún indisputablemente, supuesto que hace año tres meses que se me hirió y he callado, he sufrido como leal, dejando al tiempo, que presentase a usted mi persona como víctima de la envidia y la maledicencia. Ahora dígnese usted oirme.

Al llegar usted a San Luis mi pluma, mis recursos miserables y decisión por elevarlo, están de manifiesto en mi periódico que sostuve por largos tres meses y a mis expensas. Si bien tal conducta me granjeó la enemistad de algunos, logré, sin embargo, lo que era preciso entonces, robustecer a usted que fluctuaba en la opinión pública al lado del desgraciado Gral. González Ortega, pues aunque no conocedor de la política, recuerdo la que usaba mi padre, asesinado a mi lado en Tamaulipas.

En la época a que me refiero, es decir, a la de San Luis, tenía algunos giros que, como es público, me daban con qué vivir independiente. Usted entonces, como consta de cartas que conservo, elogió mi comportamiento digno, en tiempo del Imperio, me hizo un regalo de algunas onzas de oro que me obligó a tomar por medio de una carta que me acompaña todavía, y, por último, me llamó a su lado teniendo que hacer una marcha con mi familia y en tiempo de aguas, a fuerza de dinero y destruyendo aquí mis giros. Llegué el 15 de

septiembre y cuatro meses estuve, concluyendo con mis cortos intereses. Después me envió usted de jefe de Hacienda a Tlaxcala. Allí organicé de nuevo esa oficina; mi conducta es sublime, según los documentos que me acompañan, pues hasta dejé un pueblo, como el de San Juan Totolac, amigo del personal de usted. Las comunicaciones oficiales y cartas particulares de usted, me colocan en una altura que ya hubiera publicado por la prensa si, consideraciones y cariño a usted no me hubieran detenido.

Conservo, también mi resolución y el parecer de usted cuando quise renunciar por motivo a que, siendo el sueldo muy inservible y tener ofertas por la testamentaria de Sesma de seis y siete mil pesos para que dejase introducir en la oficina un recibo del Gral. González Ortega, no quería mancharme, lo cual habla muy alto a mi favor. Entonces usted, mi protector en aquella vez, me regaló el despacho de jefe de la 1a. sección liquidatoria. Entré en este puesto y mi primer recibimiento fue la envidia del jesuita, Lic. Tranquilino Valera, que de oficial mayor se sujetó, como él decía, a un lego como yo. Esto, y la represión del ministerio para el decrépito Arquide, a quien acusé por su poco celo, dieron margen a que se me minase, no sólo en mi destino, sino en lo que es peor, en el aprecio de usted y en mi honor. El Sr. Romero pues dos días antes de irse a casar a los Estados Unidos me llamó y me obligó a renunciar por sólo un falso, un chisme que le hicieron, respecto a que yo no quería despachar si no era que me pagasen los dueños de los expedientes, mentira insolente que jamás me podrá probar ni él ni nadie, pues en dos meses que estuve de jefe de la sección, despaché 86 expedientes, entre ellos, algunos que tenían siete meses en el olvido.

Como era natural exigí un juicio, pedí que se me formase causa, que se me presentara mi calumniador y no se me atendió. ¿Qué prueba esto? Yo desafío todavía a que se me mate si se me presenta una sola prueba justificada de esa calumnia que se me arrojó con tanta ligereza.

Otra cosa que llamó mi atención fue el no dejarme ver a usted y es triste señor, que hagan invisible a usted ante los ojos de los republicanos a quien, sólo debe usted el puesto que ocupa.

Tengo datos y documentos que, publicados, me dejarán mejor



puesto que al ministro Romero. Si he sufrido y nada he dicho, es por respetos a usted y nada más.

Aunque dimito, puedo hacer el papel de la hormiga e introducirme en la trompa del gran elefante.

Ya habrá usted visto que no he dejado de mandarle el periódico que hace seis meses sostengo aquí; mi "Lego Borreguito", hasta de los Estados Unidos me lo han elogiado.

El alto funcionario no debe dejar de leer y contestar las cartas largas del más infeliz ciudadano que se las dirija. He aquí lo que suplico a usted el que, a pesar de todo, ha sido para usted leal, amigo y hombre consecuente.

Aunque no tengo el honor de conocer al simpático Sr. Santacilia, mis afectos, y usted, reciba como siempre mi adhesión.

Francisco de P. Fernández

Tengo noticias de gran interés que comunicarle, pero espero su respuesta para decírselas o para dejarlas despreciadas al uso del político ministro Romero.

EL GOBIERNO DE QUERÉTARO SOLICITA AMPARO  
CONTRA EL CONGRESO DE LA UNIÓN QUE ORDENÓ LA  
INTERVENCIÓN DE FUERZAS ARMADAS EN ESE ESTADO

Ciudadano juez de distrito  
suplente, en ejercicio:

El ciudadano coronel Julio M. Cervantes, gobernador constitucional del estado libre y soberano de Querétaro ante usted previas las protestas necesarias, y sin concederle más jurisdicción que la que por la ley le compete en este caso digo: que he recibido del ciudadano ministro de Gobernación una comunicación que a la letra dice:  
secretaría de Estado y del despacho de Gobernación  
Sección 2.

El día 1o. del corriente se recibió en este Ministerio el acuerdo del día anterior del Congreso de la Unión relativo a que el gobierno general haga cumplir el veredicto de esa Legislatura, que declaró culpable al gobernador del estado.

El día 2 comuniqué dicho acuerdo al ministerio de la Guerra, para que, como asunto de su resorte, por referirse a lo que la fuerza federal deba hacer en el estado de Querétaro, se dispusiera por aquella secretaría lo que correspondiese.

El ciudadano ministro de la guerra me contestó con fecha 3, que debiendo estimarse grave la situación del estado de Querétaro, había acordado el ciudadano Presidente de la República que se prepararan algunas fuerzas para aumentar las que se mandaron a dicho estado y que cuando emprendieran su marcha me lo comunicaría.

El mismo ciudadano ministro de la Guerra me ha participado hoy, que ayer salió de esta capital una fuerza de infantería y caballería con dirección a Querétaro, al mando del ciudadano coronel Germán

Contreras, quien se pondrá, a su llegada a aquel punto, a las órdenes del ciudadano Gral. Francisco Paz, en jefe de las fuerzas federales en ese estado.

Todo lo que comunico a ustedes por acuerdo del ciudadano Presidente, para conocimiento de esa H. Legislatura, manifestándoles a la vez, que cuando se tenga noticia de haber llegado a esa ciudad la fuerza que va al mando del coronel Contreras, comunicaré a ustedes las disposiciones definitivas del ciudadano Presidente, conducentes al término de la grave cuestión que se agita en ese estado, la que se procurará resolver sin ocasionar trastornos públicos.

Y por disposición del ciudadano Presidente lo transcribo a usted para su conocimiento.

Independencia y Libertad. México, junio 7 de 1869.

*Iglesias*

Desde que por primera vez lograron sorprender a la Cámara de la Unión, los siete ciudadanos que permanecen en el palacio del Estado, para que según el artículo 116 de la carta federal, protegieran sus deliberaciones, el ejecutivo del estado se vio en el estrecho deber de protestar contra ese acuerdo del Congreso general que invade nuestra soberanía e independencia ya que no le era posible oponerse con la fuerza física a un acto que el ejecutivo de la nación no aprobaba, como lo manifestó al propio Congreso por conducto del ministerio de Gobernación.

Una vez dado el primer paso en las infracciones constitucionales, el segundo no era más que su consecuencia, la más forzosa.

En efecto, de nada hubiera servido una protección reducida a garantizar las personas de los siete ciudadanos, y lo estrictamente necesario para la libertad de sus deliberaciones, porque tales garantías ya las tenían, puesto que nadie había atacado esa libertad, ni por el crimen intentado en la calle contra uno de estos ciudadanos, ni por la reunión del pueblo cerca de palacio, a donde nadie penetró. Pero no era esto lo que pretendíamos, podría decirse, ni menos pudimos querer una fuerza que, vigilando nuestras personas, dejara ilusorias nuestras determinaciones. ¿Qué habríamos adelantado así? Era necesario algo más.

Era necesario que de una vez se consumara la intervención, convirtiendo a las fuerzas federales en el poder ejecutivo del estado, aunque para esto se arrancara por violencia un acuerdo que hubiera de dejar en sus autores un remordimiento; un acuerdo atentatorio a todas luces, a la soberanía e independencia del estado; un acuerdo que habría de poner en tortura la conducta del Ejecutivo de la nación, cuya norma ha sido siempre la esclavitud a la ley; un acuerdo que sólo él bastaría para calcular lo que pueden esperar los pueblos de los hombres a quienes honraron con su voto; un acuerdo que ha reprobado la prensa toda del país, que alarmará sin duda a todos los estados, y que la nación entera reprobará también porque ve destruido con él nuestro pacto social, que costó tantas lágrimas y tanta sangre.

El Ejecutivo del estado, en cumplimiento del deber que le imponen las fracciones 1a. y 2a. del artículo 85 de la Constitución vigente, no ha podido menos que protestar con energía contra ese acuerdo atentatorio. Pero ¿qué se hubiera adelantado si la defensa de derechos tan sagrados, hubiera de quedar reducida a esta protesta escrita con energía y dignidad? ¿Recurriría en tal extremo a las vías de hecho, armando los pueblos, moviendo las masas y excitando a la defensa con el estandarte de la independencia y de la soberanía? Muy lejos está el ejecutivo de creer que a mediados de siglo XIX hubiera necesidad de recurrir a los extremos dignos sólo de los tiempos bárbaros. No es la sangre la que ha de resolver cuestiones tan claras, es la Constitución general quien ya las previó y las resolvió.

El Artículo 40 dice a la letra:

"Es voluntad del pueblo mexicano constituirse en una república representativa, democrática, federal, compuesta de estados libres y soberanos, en todo lo concerniente a su régimen interior," principio confirmado por el artículo 117 en el que se establece que se reservan a los estados las facultades que no estén expresamente concedidas al poder federal. La consecuencia natural de la soberanía es, sin duda, que los estados son independientes en su administración interior, como lo tiene también demostrado toda la prensa.

En nuestro caso, cualquiera intervención del poder federal en el estado, tendría por objeto sostener a la Legislatura contra el ejecutivo, o viceversa. Y es evidente que cualquier acto resuelve implícitamente nuestra cuestión interior. En efecto el acordar la Cámara de la Unión que las fuerzas federales apoyen el veredicto que pronunció la llamada Legislatura, ha decidido que los siete ciudadanos de palacio tienen el carácter de legisladores y que han podido ellos solos erigirse en Gran Jurado. ¿Y quién no ve que este punto es exclusivamente del régimen interior, y que de ninguna manera toca resolverlo a los poderes federales sin atacar nuestra soberanía?

"Las desavenencias (dice el Sr. Zarco en el tomo 7o., número 132 del Siglo XIX) entre los poderes de los estados, mientras no lleguen a tomar el carácter de sublevación o de trastorno, deben tener soluciones legales dentro de los mismos estados y conforme a las constituciones de los mismos.

"La intervención prematura de la Unión ofrece gravísimos inconvenientes; es un riesgo para la independencia de los estados; puede coartar la libertad de su régimen interior.

"En el caso de Querétaro no se ve todavía trastorno ni sublevación; es cuestionable que siete diputados, aun cuando estén en mayoría, puedan ser considerados como la Legislatura del estado; parece que no es llegado el caso del artículo 116 de la Constitución, y el empleo de la fuerza armada presenta serias dificultades. Esta fuerza no va a batirse, no va a perseguir a rebeldes armados, sino a asegurar la libertad de las deliberaciones de la Legislatura contra los ataques del populacho, en el concepto de que son instigados o tolerados por el gobernador; así, pues, esta fuerza va a amparar a un poder contra otro poder, y el uso de este medio parece envolver la declaración de que la ley y la razón están de parte de la Legislatura, y la declaración también de que el gobernador es realmente culpable".

Es evidente, por las reflexiones que anteceden y en vista de la

comunicación inserta, que el ejecutivo como agraviado por este acto, y obligado además por la Constitución vigente, a cuidar de la soberanía, independencia y seguridad del estado, está en el caso de recurrir a usted, haciendo uso del amparo que le concede la ley orgánica de 20 de enero del corriente año.

La fracción 2a. del artículo 1o. de esta ley dice: "Por leyes o actos de la autoridad federal que vulneren o restrinjan la soberanía de los estados", y como en el artículo 4o. se prevenga, que si el recurso de amparo se funda en dicha fracción, se designará la facultad del estado vulnerada o restringida por la ley o acto de la autoridad federal, me bastará para demostrar que el acuerdo de la cámara y los actos que de él emanen, atacan la soberanía del estado, copiar el artículo 6o. de la constitución vigente, que dice a la letra; "El estado de Querétaro se compone de la reunión de todos sus habitantes; es parte integrante de la confederación mexicana, y libre, soberano e independiente en lo que pertenece a su régimen interior".

Por otra parte como es público, hace días que ésta población sufre horriblemente las consecuencias de las circunstancias excepcionales por las que atraviesa el estado. La ansiedad porque lleguen a su término las cuestiones locales que se ventilan, no puede ser mayor; y el ejecutivo ha tenido que agotar todas las medidas de prudencia a fin de contener al pueblo y evitar un conflicto en esta ciudad, en el que hubiéramos lamentado desgracias incalculables en las familias y acaso el principio de la guerra civil. En tal virtud, y en atención a que el final del artículo 5o. de la ley de amparo previene, que si hubiere urgencia notoria, el juez resolverá, sobre dicha suspensión a la mayor brevedad posible, y con solo el escrito del actor:

A usted pido, por todas las razones y fundamentos expresados, que decrete: 1o. El amparo, por estar comprendido el caso en la fracción 2a. de la ley de 20 de enero último y que por lo mismo declare no estoy obligado a cumplir con el acuerdo del Congreso de la Unión, contra el cual he protestado y protesto solemnemente; y 2o. Que para evitar los graves fundados temores de que se altere la tranquilidad pública, se sirva

usted decretar que quedan suspensas y sin ningún efecto todas las providencias dictadas por cualesquiera autoridades, y que tengan por objeto llevar a cabo el expresado acuerdo en todo lo cual recibiré justicia.

Protesto no proceder de malicia, con lo demás necesario.

Querétaro, junio 15 de 1869.

Julio M. Cervantes Lic.  
Luis Orozco

Otro sí digo: que sin que se entienda que trato de ofender al personal de ese juzgado y con la protesta de la ley recuso a usted en forma dejándolo en su buena opinión y fama y le pido en consecuencia, mande pasar inmediatamente este escrito al suplente que corresponda, para que recaiga el proveído de derecho en lo sustancial.

Fecha ut. Supra.

CAYERON PRISIONEROS  
LOS CABECILLAS DE LOS REBELDES POBLANOS

Huauchinango, junio 16 de 1869

Sr. Presidente de la República,  
don Benito Juárez

Señor de mi respeto y atención:

Tengo la satisfacción de comunicar a usted que el movimiento que dije a usted en mi carta del día 11 que iban a hacer nuestras fuerzas sobre los sublevados, nos dio el mejor resultado; cercados éstos por todas partes en el centro de la Sierra, no pudieron hacer más que dispersarse en todas direcciones y, debido a lo cerrado de los montes, se han escapado los más de los soldados que conocen bien el terreno, pero hemos logrado agarrar a los dos jefes principales y a otros cinco de los de más importancia, los que se están juzgando con la violencia debida; tal vez algunos de estos desgraciados pagarán con la vida tanto como han hecho en los pocos días que duraron sublevados.

Queda asegurada completamente la tranquilidad en esta Sierra, y creo no volverá a repetirse un caso semejante, porque los que han seducido a éstos se convencerán que no es fácil hacer una revolución en el centro de la Sierra, donde todos los pueblos no aman más que la paz y tienen una adhesión sin límites al Supremo Gobierno.

Me temo que lleguen a ocurrir algunos desórdenes por Zacatlán, porque hace cuatro noches que al jefe político le han tirado tres tiros a las puertas de su casa y algunos más a la guardia, aunque también creo que con el resultado que han tenido los sublevados no les quedarán ganas,



porque sus esperanzas consistían en insurreccionar los pueblos que tenemos a retaguardia para que no pudiéramos atender a Zacatlán.

Probablemente algo vamos a descubrir con los prisioneros y, si fuere de importancia, se lo comunicaré a usted violentamente.

Quedo, señor Presidente, en espera de sus respetables órdenes como su muy adicto servidor y amigo q. b. s. m.

Rafael Cravioto

LUIS MIER Y TERÁN  
MOLESTO CON EL GOBIERNO

Veracruz, junio 17 de 1869

Sr. don Pedro Santacilia,  
Secretario particular del ciudadano  
Presidente de la República.

Estimado amigo:

Con fecha 24 de agosto próximo pasado dirigí una carta al ciudadano Presidente, solicitando el diploma de la Cruz de Primera Clase por ser acreedor a ella, a la que tuvo usted la bondad de contestarme a nombre del ciudadano Presidente.

Obrando de acuerdo con lo que en ella me dice, con fecha 9 de septiembre del mismo año me dirigí a usted remitiéndole tres solicitudes, pidiendo en ellas la revalidación de mi despacho y las condecoraciones creadas por el Supremo Gobierno por decreto de 5 de agosto de 1867 y 14 de julio de 1863. Al mismo tiempo remití a usted original de la orden del gobierno francés en que ordenaba al comandante superior de esta plaza que, al regresar de Francia el 16 de febrero de 64, permaneciera en ella o en la que él tuviera a bien, como prisionero del gobierno francés, por no haber querido juramentarme.

Como a estas solicitudes sólo se me ha contestado hasta el 24 de abril de 69, pidiéndome pruebas de mis servicios que son bien conocidos al ciudadano ministro de la Guerra, al ciudadano Gral. Porfirio Díaz y al ciudadano Gral. Manuel González, lo mismo que le fueron al benemérito de la patria Ignacio Zaragoza y a todo el Ejército de Oriente, creo que no hay muy buena voluntad en hacerme justicia; por lo que le suplico,

confiado en la buena amistad que me dispensa, recoja mis solicitudes, la copia certificada de mi despacho de general y la orden original del gobierno francés en que consta que nunca quise juramentarme, mismos que remití a usted, como dije antes, en la mía que con fecha 9 de septiembre de 68 tuve el honor de dirigirle.

En lo particular diré a usted, para su gobierno, como buen amigo, que desde el 21 de julio del 67 hasta la fecha no he recibido un solo centavo de haber, ni lo he solicitado ni lo solicitaré; lo mismo que no solicito el ser reembolsado de cantidades bastante fuertes que he desembolsado de mi peculio por servir a mi país y cuyos comprobantes existen en mi poder y que si solicité las condecoraciones fue por ser una cosa puramente honorífica y no de interés.

Perdone usted, buen amigo, las molestias que le he originado, estando seguro de que sobre este asunto no lo volverá a importunar su afectísimo amigo y seguro servidor q. b. s. m.

Luis Mier y Terán

JESÚS CAMARENA  
RECOMIENDA LA UNIÓN DE LOS LIBERALES

Guadalajara, junio 13 de 1869

Sr. don Benito Juárez  
México

Mi muy apreciable compañero y amigo:

Los distintos esfuerzos que el partido conservador o, más bien dicho, el partido traidor, ha estado haciendo para apoderarse del poder, no me daban cuidado porque realmente lo considero muerto y perdido para siempre, puesto que por sí no vale nada; pero es astuto, atiza la discordia entre los liberales, se disfraza entre ellos y cuando están bien divididos y debilitados, se quita la máscara y salta a la arena. Esa maldecida oposición comenzada por González Ortega y continuada bajo diversos pretextos contra el gobierno de usted, inspirada por miras rastreras y pasiones muy viles de muchos liberales, va tomando proporciones colosales y, a la hora menos pensada, nos da un susto y pone en peligro a la libertad.

Sé, a no poderlo dudar y nuestro compañero don José María Villa informará a usted, que en Tepic está don Plácido Vega organizando públicamente la revolución, protegido o disimulado por Lozada; allí están reuniéndose todos los reaccionarios, los imperialistas y los descontentos, y con actividad se preparan para dar el golpe; obrarán, según dicen, sobre Sinaloa y Sonora, sirviendo de centro Tepic, de donde se extenderán a todo el país. No conseguirán su objeto, pero bueno es que usted sepa sus planes para que con tiempo dicte sus providencias para evitar mayores males.

Aunque yo estoy fastidiado de la política por esa funesta división del gran partido liberal, hoy tomo la pluma para denunciar a usted el peligro que corre nuestra adorada patria, sin más interés que el bien común y movido también por la amistad y cariño que sinceramente le profeso.

En nuestras funestas divisiones protesto no tomar parte más que en predicar la unión, aunque no la consiga y sólo la tomaré contra el partido conservador y si esto es egoísmo, quisiera que todos los liberales de buena fe fuesen tan egoístas como yo.

Consérvese usted bueno y disponga de su afectísimo compañero y seguro servidor.

Jesús Camarena

Nota autógrafa de Juárez:

Enterado, dándosele las gracias por sus noticias y por la buena disposición que tiene de cooperar a la consolidación de la paz.

EL CURA DE TEHUANTEPEC  
ESCRIBE A JUÁREZ AMISTOSAMENTE

(Tehuantepec), junio 14 de 1869

Sr. Presidente de la República,  
Lic. don Benito Juárez  
México

Mi respetable señor y estimado paisano:

Separado del obispado de Veracruz y nombrado cura y vicario foráneo de esta ciudad, tuve el honor de ofrecer a usted mis pobres servicios en mi nuevo domicilio; pero no tuve el gusto de recibir sus respetables letras.

El Sr. Lic. Iribarren me dijo que usted le había preguntado quién era el cura de acá y esto me persuade que no recibió usted mi carta. Debe usted haber recibido el programa del colegio que para mandar a usted me pidió el mencionado Sr. Iribarren; es a la verdad una cosa muy humilde, así como lo es el pensamiento del que lo concibió; sin embargo, señor mío, tuve la idea de inventarlo; hice sacrificios al plantearlo y hoy tengo el gusto de ver 32 alumnos llenos de aplicación y quizá tenga la gloria de ver sus frutos.

Haciendo uso de la bondad de usted, le suplico tenga la dignación de decirme si por la ley de 4 de octubre de 60 deben los curas pedir la licencia para la salida de las procesiones en la calle, porque el artículo 11 no señala quién deba pedirla y, el 3º, sólo habla del reconocimiento de los ministros sin mezcla de actos civiles.

En mi humilde juicio, los sacerdotes en el ejercicio de su ministerio no deben pedirla, porque el que pide licencia para un acto público se hace responsable de todas sus consecuencias, y muy bien puede ser una de éstas una conspiración que totalmente ignore el sacerdote, pues por lo regular los fieles y no los párrocos inventan las funciones y, como tales razones forman su conciencia, ésta se liga luego que se presenta la exigencia de la petición.

Puedo estar equívoco y por eso suplico a usted se sirva decirme dos palabras, que agradecerá a usted quien vuelve a ofrecerle sus servicios y se repite de usted humilde capellán, seguro servidor y paisano.

J. E. de Arrazola

Nota autógrafa de Juárez:

Enterado y que los fieles son los que deben pedir licencia para las procesiones.

IGNACIO ROMERO VARGAS  
ELECTO GOBERNADOR DE PUEBLA

Puebla, junio 22 de 1869

Sr. Presidente de la República,  
don Benito Juárez  
México

Muy respetable señor y amigo:

Hoy he sido electo por la Legislatura, gobernador constitucional del estado, por 13 votos contra tres que obtuvo el Sr. Ortega y uno el Sr. Ibarra.

Al poner en conocimiento este suceso, me repito como siempre, su adicto servidor y amigo, que atento b. s. m.

Ignacio Romero Vargas